

y hallan medio de burlar vuestra vigilancia, se resarcirán con todo su poder, y comerán hasta hartarse. Si nuestra gula no tiene tasa, consiste en que la queremos dar otras reglas que las de la naturaleza. Siempre arreglando, prescribiendo, añadiendo y quitando, todo lo hacemos con la balanza en la mano; pero esta balanza no va á medida de nuestro estómago sino de nuestro capricho. Vengo á mis ejemplos: en casa de los aldeanos, el arca del pan y la despensa de la fruta nunca se cierran; y ni hombres ni niños saben qué son indigestiones.

No obstante, si sucediese que un niño comiera con demasia, lo cual con mi método no creo posible, tan fácil es entretenerle con pasatiempos de su gusto, que lograríamos ponerle abstinencia, sin que él hiciera aprecio. ¿Cómo se les pasan por alto á todos los institutores tan fáciles y eficaces medios? Refiere Herodoto, que acosados los lidios de una cruel carestía, imaginaron inventar los juegos y otros pasatiempos con los cuales engañaban divertidos el hambre, y pasaban los dias enteros sin pensar en comer (1). Cien veces acaso han leído vuestros eruditos institutores este pasage, sin ocurrirles la aplicacion que de él se puede hacer á los niños. Me dirá acaso alguno, que el niño no deja de buena gana la comida por ir á estudiar su leccion. Tiene razon, no habia yo pensado en esa diversion.

El olfato es respecto del sentido del gusto lo que la vista respecto del tacto; que le precede, y le advierte del modo que le ha de mover tal ó tal sustancia, y le dispone á que la busque ó la evite, segun la impresion que de antemano recibe de ella el olfato. He oido decir que en los salvajes no hacian los olores la misma impresion que en nosotros, y juzgaban de un modo diferente de los que eran buenos y malos. Bien lo creo. En si mis-

(1) Llenos están los historiadores antiguos de ideas de que pudiera hacerse uso, aun cuando sean falsos los hechos en que las presentan. Empero no sabemos sacar utilidad ninguna de la historia; todo lo absorbe la critica de erudicion: como si importara mucho que fuese cierto un suceso, con tal que de él pudiera sacarse una instruccion provechosa. Los hombres de juicio deben mirar la historia como un tejido de fábula, cuya moral es muy adaptable al corazon humano.

mos los olores son sensaciones débiles, que mueven mas la imaginacion que el sentido, y que menos impresion hacen por lo que dan que por lo que prometen. Esto supuesto, siendo por su modo de vivir tan diferentes los gustos de los unos de los de los otros, deben ser causa de que formen juicios muy opuestos sobre los sabores, y por consiguiente sobre los olores que los anuncian. Con tanto gusto debe un tártaro oler un cuarto hediondo de caballo muerto, como un cazador nuestro una perdiz medio podrida.

Nuestras sensaciones ociosas, como la de la fragancia de las flores de un jardin, no deben ser sensibles á hombres que andan mucho para que se diviertan en pasearse, ó que no trabajan lo suficiente para hallar deleite en el descanso. Gentes que siempre tienen hambre, poco gusto pueden hallar en aromas que no anuncian cosa de comer.

El sentido de la imaginacion es el olfato. Como entona con fuerza los nervios, debe agitar mucho el cerebro; por eso aviva por un instante el temperamento, y al cabo le consume. En el amor causa efectos muy conocidos: no es el suave aroma de un tocador tan débil red como se cree; y no sé si dar el parabien ó compadecer al hombre poco sensible, á quien nunca hizo palpar el olor de las flores que lleva su amada en el seno.

Así no debe ser muy activo el olfato en la edad primera, en que la imaginacion, animada todavia por pocas pasiones, es poco susceptible de emocion y aun no hay la suficiente experiencia para preveer con un sentido lo que otro nos promete. Esta consecuencia la confirma enteramente la observacion; y es cierto que en la mayor parte de los niños es todavia obtuso y casi rudo este sentido, no porque no sea en ellos tan exquisita la sensacion como en los hombres, y acaso mas, sino porque no uniendo con ella ninguna otra idea, no se mueven fácilmente á sentir pena ni dolor, y ni los atormenta ni los alhaga como á nosotros. Creo que sin salir del mismo sistema, ni recurrir á la anatomía comparada de ambos sexos, hallaríamos con facilidad la razon por qué las mujeres sienten en general los olores con mas viveza que los hombres.



Dicen que los salvajes del Canadá se hacen desde niños tan sutil el olfato, que aunque tienen perros, no se sirven de ellos para cazar, y hacen ellos mismos de perros. Comprendo en efecto, que si enseñásemos á los niños á descubrir por el olfato su comida, como descubre el perro la caza, acaso conseguiríamos perfeccionarles este sentido hasta el mismo punto; pero en realidad no veo que puedan ellos aplicarla á cosas de mucha utilidad, como no sea para darles á conocer sus relaciones con el gusto: y la naturaleza ha cuidado de precisarnos á que nos enteremos de estas relaciones. La acción de este último sentido la ha hecho inseparable de la del otro, colocando cerca sus órganos, y poniendo en la boca una comunicacion inmediata entre ambos, de suerte que nada gustamos sin olerlo. Quisiera empero que no se alterasen estas relaciones naturales para engañar á un niño, cubriendo, por ejemplo, con un grato aroma lo desabrido de una purga, porque entonces es sobrado grande la discordancia de los dos sentidos para que se pueda engañar; y como el sentido mas activo absorbe el efecto del otro, no toma la purga con menos asco: este se extiende á todas las sensaciones que al mismo tiempo le hacen impresion; y cuando se le presenta la mas débil, le acuerda luego su imaginacion la otra; un suavísimo aroma se torna para él en un olor repugnante: y así aumentan nuestras imprudentes precauciones la suma de las sensaciones desagradables á costa de las gratas.

Fáltame hablar en los siguientes libros de la cultura de una especie de sexto sentido, llamado sentido comun, no tanto porque es comun á todos los hombres, cuanto porque resulta del uso bien arreglado de los demás sentidos, y porque nos da á conocer la naturaleza de las cosas por el conjunto de todas sus apariencias. Por consiguiente, este sentido no tiene órgano peculiar: solo reside en el cerebro, y sus sensaciones, que son meramente internas, se llaman percepciones ó ideas. Por el número de estas ideas se mide la extension de nuestros conocimientos; su limpieza y su claridad constituyen el entendimiento; y el arte de compararlas entre sí es lo que llamamos la razon humana. De suerte que lo

que llamaba yo razon sensitiva ó pueril, consiste en formar ideas simples por el conjunto de muchas sensaciones; y lo que llamo razon intelectual ó humana, en formar ideas complejas por el conjunto de muchas ideas simples.

Suponiendo ahora que mi método sea el de la naturaleza, y que en la aplicacion no me haya equivocado, hemos traído á nuestro alumno, atravesando el país de las sensaciones, hasta la última frontera de la razon pueril; el primer paso que vamos á dar mas allá, debe ser un paso de hombre. Empero antes de empeñarnos en esta nueva carrera, demos una ojeada á la que acabamos de andar. Cada edad y cada estado de la vida tiene su perfeccion idónea; su especie de madurez peculiar. Muchas veces hemos oído hablar de un hombre formado; contemplemos á un niño formado: espectáculo que será mas nuevo, y acaso no menos grato para nosotros.

Tan pobre es y tan estrecha la existencia de los seres finitos, que cuando solo vemos lo que existe, nunca nos conmovemos. Las ficciones son las que adornan los objetos reales, y si la imaginacion no añade su embellezo á lo que hace impresion en nosotros, el estéril gusto que se goza, ciñéndose al órgano, deja siempre frio el corazon. Ornada con los tesoros del otoño, la tierra hace alarde de una riqueza que asombra la vista; pero no enardece aquella admiracion que es nacida mas de la reflexion que del sentimiento. En la primavera, casi yermas las campiñas con nada se cubren todavia, no dan sombra los bosques, no hace mas que apuntar la verdura y á su aspecto se inflama el corazon. Al ver cuál renace la naturaleza, nosotros mismos nos sentimos reanimar; rodéanos la imágen del deleite, y las compañeras del contento, las suaves lágrimas, prontas siempre á unirse con todo afecto delicioso, ya asoman á nuestros párpados; pero en balde es tan bullicioso, tan vivo y tan grato el aspecto de la vendimia; siempre le contemplamos con ojos enjutos.

¿De qué procede esta diferencia? De que con el espectáculo de la primavera reúne la imaginacion el de las estaciones que han de seguirla; á esas yemas tiernas



que distingue la vista, agrega las flores, las frutas, las sombras y á veces los misterios que estas pueden cubrir. En un mismo punto reúne tiempos que han de sucederse, y menos mira los objetos como han de ser que como desea, porque de ella pende el escogerlos. En el otoño, al contrario, no tiene que ver sino lo que existe. Si queremos llegar á la primavera, nos detiene el invierno, y helada la imaginación entre la nieve y las escarchas, fallece.

De aquí procede el embeleso que sentimos al contemplar una hermosa infancia con preferencia á la perfección de la madura edad. ¿Cuándo disfrutamos de un gusto verdadero en ver á un hombre? Cuando la memoria de sus acciones hace que retrocedamos sobre su vida, rejuveneciéndole, por decirlo así, á nuestros ojos. Si nos vemos ceñidos á contemplarle como él es, ó á suponerle cual en su vejez ha de ser, disipa todo nuestro gusto la idea de la naturaleza decadente; que ninguno hay en ver caminar á un hombre á pasos acelerados hacia la tumba, y todo lo afea la imagen de la muerte.

Empero, cuando me figuro un niño de diez ó doce años, sano, robusto, bien formado para su edad, no excita en mí una idea que no sea grata para el presente y para lo venidero: véole ferviente, vivo, animado, sin roedora solicitud, sin penosa y dilatada prevision, empapado todo en su ser actual, y gozando una plenitud de vida que parece quiere extenderse fuera de él. Me le figuro en otra edad ejercitando el sentido, el entendimiento, las fuerzas que en él se desenvuelven de día en día: le contemplo niño, y me contenta; imaginole hombre, y me contenta mas; su ardiente sangre inflama, al parecer, la mía; creo que vivo con su vida, y me remozca su viveza.

Da la hora. ¡Ah, qué mudanza! Empañanse al instante sus ojos, huye su alegría; adios gustos, adios juegos y retozo. Un hombre severo y enojado le ase de la mano, le dice con gravedad; *vamos, niño*, y se le lleva. En el aposento donde entran, veo libros. ¡Libros! ¡Qué tristes muebles para su edad! Déjase llevar el pobre niño, echa una desconsolada mirada á cuanto le rodea, calla, y parte con los ojos arrasados de lágrimas

que no se atreve á verter, y preñado el pecho de sollozos que no osa exhalar.

Oh tú, que no debes temer semejante cosa, tú para quien ningún tiempo de la vida lo es de aburrimiento y violencia, tú que ves llegar sin zozobra el día, y sin impaciencia la noche, y que cuentas por tus contentos las horas, ven, amable y venturoso alumno mio, á consolarnos con tu presencia, de la partida de ese desdichado; ven... Ya llega, y cuando se acerca siento una impresión de gozo que él participa. Su amigo, su camarada, el compañero de sus juegos es quien le llama; cuando me vé, está cierto que no pasará mucho rato sin encontrar distracción; nunca dependemos uno de otro, pero siempre estamos de acuerdo, y con nadie nos hallamos tan bien como uno con otro.

En su semblante, en su ademán, en su planta, se anuncian el contento y el desembarazo; brilla en su rostro la salud; sus firmes pasos le dan un aspecto de vigor; delicado su color, sin ser empalagoso, nada tiene de afeminada molición; ya le han estampado el aire y el sol el honroso cuño de su sexo; aunque todavía no afinados sus músculos ya empiezan á señalar algunas líneas de su naciente fisonomía; si aun no anima sus ojos el calor del sentimiento, tienen á lo menos toda su nativa serenidad, pues no los han enturbiado largas tristezas, ni han surcado sus mejillas continuos llantos. Contemplad en sus movimientos ágiles, pero firmes, la viveza de su edad, la entereza de la independencia, la experiencia de multiplicados ejercicios. Tiene la presencia despejada y libre, no insolente y vana; su rostro, que nunca se pegó á los libros, no cae sobre el pecho, y no es necesario decirle: *alza la cabeza*, pues todavía no se la hicieron bajar la vergüenza ni el miedo.

Hacedle sitio en medio de la reunión: examinadle, señores, preguntadle, no temáis su impertinencia, su charlar, ni sus imprudentes cuestiones. No tengáis recelo de que se apodere de vosotros, ni pretenda que os ocupeis de él solo, y no podáis quitárselo de encima.

No aguardéis tampoco de él floridas razones ni que os diga lo que yo le haya dictado; no esperéis otra cosa que la verdad ingenua y sencilla, sin adornos y sin va-



nidad. Lo malo que haya hecho, ó lo que pensáre, os lo dirá con tanta franqueza como lo bueno, sin curarse en manera alguna del efecto que haga en vosotros lo que dijere; y hablará con todo el candor de su edad primera.

Nos complacemos en presagiar bien de los niños, y sentimos el flujo de necedades que casi siempre viene á desbaratar las esperanzas que quisiéramos fundar en alguna feliz ocurrencia que por casualidad les viene á la boca. Si rara vez da el mio esperanzas semejantes, nunca causará este sentimiento, porque nunca dice palabras inútiles, ni se abandona á una charla que sabe nadie ha de escuchar. Sus ideas son limitadas, pero rectas; si nada sabe de memoria, sabe mucho por experiencia; si no lee tan bien como otro niño en nuestros libros, lee mejor en el de la naturaleza; su entendimiento no está en su lengua, sino en su cabeza; tiene menos memoria que discernimiento; no sabe hablar mas que un idioma, pero entiende lo que dice; y si no habla tan bien como los demás, en cambio obra mejor.

No sabe lo que es práctica, estilo, hábito; lo que a yer hizo no influye en lo que hace hoy (1); nunca sigue formulario, ni se sujeta á la autoridad ó al ejemplo; ni obra ó habla, sino como le acomoda. No aguardéis por tanto, de él, razonamientos estudiados, ni afectados modales; si solo la expresiou fiel de sus ideas, y la conducta que nace de sus inclinaciones.

Hallareis en él un corto número de nociones morales que se refieren á su actual estado, pero ninguna acerca del estado relativo de los hombres: ¿y para qué le servirían, puesto que un niño no es todavía miembro activo de la sociedad? Habladle de libertad, de propie-

(1) Nace el atractivo del hábito de la pereza natural al hombre, y se aumenta esta pereza dejándose llevar de ella: con mas facilidad se hace lo que ya se ha hecho; y trillado el camino, mas facil es andar por él. Por eso podemos notar que es muy poderoso el imperio del hábito con los ancianos y las personas indolentes, y muy impotente con los mezos, y las personas vivas. Este régimen solo es bueno para las almas débiles, y las debilita mas de día en día. El único hábito que aprovecha á los niños, es resignarse á la necesidad de las cosas, y el único conveniente á los hombres sujetarse sin trabajo á la razon. Cualquiera otro hábito es vicio.

dad y aun de convencion: hasta ahí puede saber; sabe por qué no debe hacer daño á otro, para que no se le hagan á él; por qué lo suyo es suyo, y por qué lo ajeno no es suyo: en saliendo de esto, nada mas sabe. Habladle de obligacion, de obediencia, no comprende lo que quereis decir; mandadle algo, no os entenderá; pero decidle: si me haces tal favor, te lo agradeceré cuando se ofrezca, y al punto se dará prisa á complaceros, porque lo que mas desea es ensanchar su dominio, y granjearse con vos derechos que sabe son inviolables. Acaso no siente ocupar lugar, hacer de hombre, y ser tenido en algo; pero si este último motivo le incita, ya se ha salido de la naturaleza, porque no habeis cerrado bien de antemano todos los portillos de la vanidad.

Por su parte, si algun auxilio necesita, se le pedirá indistintamente al primero que encuentre; al rey lo mismo que á su lacayo: hasta ahora todos los hombres son iguales para él. Por el ademan con que ruega, veis que reconoce que no le debeis nada; sabe que lo que solicita es gracia. Tambien sabe que la humanidad inclina á otorgarla. Sencillas y lacónicas son sus expresiones; su voz, su mirar, su semblante, indican un ser tan acostumbrado á que le concedan lo que pide, como á que se lo nieguen; que ni tiene la rastrera y servil sumision de un esclavo, ni el acento imperioso de un amo, sino una confianza modesta en su semejante, la noble y tierna blandura de un ser libre, pero sensible y débil, que implora la asistencia de otro ser libre, pero fuerte y benéfico. Si le otorgais lo que pide, no os dará las gracias, pero conocerá que ha contraido una deuda. Si se lo negais, no se quejará, ni insistirá, que sabe seria inútil; no dirá, me lo han negado; dirá, no podia ser; y nadie se enoja contra la necesidad bien conocida.

Dejadle en libertad, miradle obrar sin decirle nada; contemplad lo que haga, y del modo que lo hace. No necesitando convencerse de que es libre, nunca hace nada por atolondramiento, y solo por hacer un acto de potencia en él mismo. ¿No sabe que siempre es árbitro de sí propio? Es ligero, ágil, listo; tienen sus movimientos toda la viveza de su edad, pero ni uno deja de ir encaminado á un fin. Nunca acometerá nada que ex-



ceda sus fuerzas, porque las tiene bien experimentadas, y las conoce; siempre serán sus medios adaptados á su intento, y rara vez obrará sin estar cierto de conseguir lo que pretende. Sus ojos tendrán atencion y discernimiento: no hará preguntas necias á los demás acerca de cuanto vé; pero examinará por sí propio, y se afanará por averiguar lo que desee saber antes de preguntarlo. Si se halla en un atolladero imprevisto, se turbará menos que otro; si hay peligro, tambien se asustará menos. Como aun está parada su imaginacion, y nada hemos hecho para avivarla, no vé mas de lo que hay; solo valúa los riesgos en lo que son, y conserva siempre su presencia de ánimo. La necesidad le aprieta con sobrada frecuencia para que intente sustraerse de ella; como desje que nació va uncido á su yugo, está acostumbrado á él y dispuesto á todo.

Ya se ocupe ó se divierta, una y otra cosa son para él indiferentes; sus juegos son sus quehaceres, no vé distincion ninguna. A todo cuanto hace, aplica un conato que causa risa, y una libertad que gusta, manifestando á una la forma de su inteligencia y la esfera de sus conocimientos. ¿No es un espectáculo peculiar de esta edad, espectáculo que embelesa y mueve, ver á un lindo niño, alegres y vivos los ojos, sereno y contento el semblante, risueña y desembarazada la fisonomía, hacer jugando las cosas mas serias, ó profundamente ocupado en los mas frívolos pasatiempos?

¿Quereis ahora juzgarle por comparacion? Juntadle con otros niños, y dejadle obrar; vereis en breve cuál está mas verdaderamente formado, cuál se acerca mas á la perfeccion de su edad. De los niños de la ciudad ninguno es mas mañoso ni mas fuerte que él. A los lugareños de su edad los iguala en fuerza y los aventaja en maña. Todo cuanto está al alcance de la infancia, lo juzga, lo discurre, y lo prevee mejor que todos ellos. ¿Se trata de obrar, correr, saltar, mover cuerpos, levantar masas, valuar distancias, inventar juegos, ganar premios? Diríamos que tiene la naturaleza á sus órdenes segun la facilidad con que todo lo vence. Su destino es guiar, gobernar á sus iguales: el talento y la experiencia le valen el derecho y la autoridad. Dadle el

traje y nombre que os acomode; poco importa: en todas partes tendrá la primacia, en todas será caudillo de los demás, que reconocerán su superioridad: sin querer mandar, será el árbitro y le obedecerán sin creer que lo hacen.

Ha llegado á la madurez de la infancia, ha vivido vida de niño, no ha comprado su perfeccion á costa de su felicidad; por el contrario, una ha contribuido á otra. Si ha logrado la plenitud de la razon de su edad, ha sido venturoso y libre en cuanto lo permitía su constitucion. Si la parca fatal viene á segar en él la flor de nuestras esperanzas, no lloraremos á un mismo tiempo su vida y su muerte, no exasperaremos nuestro dolor con la memoria del que le hayamos causado; diremos, «á lo menos gozó de su infancia: nada de cuanto le habia dado la naturaleza dejamos que perdiese.»

El mayor inconveniente de esta primera educacion es que solo la aprecian los hombres zagaces, y que un niño educado con tanto esmero seria reputado por un tunante á los ojos del vulgo. Mas atento un preceptor á su interés que al de su discípulo, se aplica á hacer ver que no pierde el tiempo, y que el dinero que le dan es bien ganado; le educa de modo que se pueda lucir cuando quieran; no importa que sea inútil lo que enseña, con tal que se vea con facilidad. Sin tino ni discernimiento acumula farrago en su memoria. Cuando se trata de examinar al niño, le hacen que deslie su género; le enseña, quedan satisfechos, vuelve á liar su fardo, y se marcha. No es tan rico mi alumno, ni tiene fardo que desliar, ni otra cosa que enseñar que á sí propio. Empero un niño, así como un hombre, no se vé en un instante. ¿Cuál es el observador que á la primera ojeada sepa distinguir los rasgos que le caracterizan? Sí, los hay, pero pocos; y de cien mil padres, apenas se hallará uno de esta especie.

Las preguntas multiplicadas fastidian y aburren á todo el mundo, y con mas razon á los niños. Al cabo de pocos minutos se cansa su atencion, no escuchan lo que les dice un preguntador terco, y responden á la aventura. Este modo de examinarlos es vano y pedante; á veces una palabra cogida al vuelo retrata mejor



su inteligencia y sentido que hacerse pudiera con largas razones; pero es preciso cuidar de que esta palabra no sea dictada por otro, ni casual. Hay que tener mucho discernimiento para apreciar el de un niño.

Oí contar al difunto lord Hyde, que un amigo suyo, de vuelta de Italia despues tres años de ausencia, quiso examinar los adelantos de su hijo, que tenia nueve ó diez años. Fuése un dia á pasear con él y su ayo á un llano donde se estaban divirtiendo unos estudiantes en echar cometas al aire. El padre, al pasar, pregunta á su hijo: *¿Dónde está la cometa cuya sombra vemos?* Sin pararse ni alzar la cabeza, responde el niño: *en el camino ancho.* Y efectivamente, añadía lord Hyde, el camino ancho está entre nosotros y el sol. Así que oyó su padre esta respuesta abraza al niño, y concluyendo su exámen, se va sin añadir palabra. Al siguiente dia envió al ayo la obligacion de una pension vitalicia, además de su sueldo.

¿Qué hombre era este padre, y qué hijo debia prometerse? La pregunta es acomodada á su edad, y muy sencilla la respuesta; pero nótese la caridad de discernimiento pueril que supone. Así amansaba el alumno de Aristóteles aquel célebre caballo que no habia podido domar picador ninguno.

## LIBRO TERCERO.

---

Si bien el curso de la vida hasta la adolescencia es época de flaqueza, hay un punto durante esta primera edad, en que habiendo dejado atrás el progreso de las necesidades al de las fuerzas, aunque el animal que crece es débil todavía en sentido absoluto, es fuerte en el relativo. Como no están todavía desenvueltas todas sus necesidades, son mas que suficientes sus actuales fuerzas para satisfacer las que tiene. Como hombre, seria muy débil; como niño, es muy fuerte.

¿De dónde procede la debilidad del hombre? De la desigualdad que media entre su fuerza y sus deseos. Nuestras pasiones son las que nos hacen débiles porque son menester mas fuerzas para contentarlas que las que nos concedió naturaleza; tanto da disminuir los deseos, como aumentar las fuerzas: al que puede mas de lo que desea, le sobran; de verdad es un ser fortísimo. Este es el tercer estado de la niñez, y de él voy, pues, á tratar. Sigo llamándola niñez, porque me falta un término exacto para expresarla, acercándose esta edad á la de la adolescencia, sin ser aun la de la pubertad.

A los doce ó trece años se desenvuelven con mucha mas prontitud las fuerzas del niño que sus necesidades. Todavía no se ha hecho sentir de él la mas violenta y terrible de todas; hasta el mismo órgano permanece imperfecto, y para salir de su imperfeccion, parece esperar á que le apremie la voluntad. Poco sensible á las inclemencias del aire y las estaciones, las arrostra sin temor; su calor naciente le sirve de abrigo; su apetito de condimento; todo alimento es bueno para su edad; si tiene sueño, se tiende en el suelo y duerme; en todas partes encuentra cuanto necesita; no le acosa ninguna